

UNA CASA EN EL DESIERTO

Javier Fernández de Castro

Vista a distancia, y solo a juzgar por sus hechuras, bien podría tratarse de una de aquellas mansiones que las familias acomodadas de antaño se construían en lugares de moda y dotaban de todos los equipamientos que se consideraban indispensables para pasar un buen verano.

Pero, a diferencia de aquellas casas, esta se alza en medio de una zona desértica, desesperantemente pedregosa y de una sequedad casi ofensiva. Las lejanas estribaciones de la sierra que surgen a su espalda hacen de pantalla a los frentes de nubes procedentes del mar y que tras chocar contra esa barrera montañosa se desvían hacia el este llevándose consigo la posibilidad de una lluvia que podría ser casi un milagro para esta tierra paupérrima y de aspecto lunar. Pese a las dificultades que por fuerza hubo de plantearles un medio tan hostil a la vida, los actuales propietarios tuvieron la precaución de plantar nada más instalarse una tupida arboleda que defendiese la casa y sus dependencias de los embates del cierzo y atemperase los efectos de las tormentas de polvo que con tanta frecuencia se desencadenan en esta parte del país. De aquellos árboles protectores quedan en pie bastantes ejemplares perfectamente robustos y saludables, aunque lo que predominan son las raquíticas siluetas de unas variedades que, encima de ser más débiles o menos aptas para medrar en un desierto, se han avisto afectadas por un mal que con toda evidencia acabará matando cualquier tipo de vida. Sin embargo, y en contra de lo que pueda parecer debido a semejante entorno, la casa misma ofrece un aspecto cuidado e incluso de las rejas del jardín y las contraventanas de las cuatro fachadas se diría que no hace mucho han sido repintadas de verde.

Por completo ajenos a la desolación que los rodea, dos hombres de edad y aspecto muy dispar se dedican con más ahínco que acierto a una tarea que evidentemente les sobrepasa, sea esta la que sea. Uno de ellos, el más viejo, está aquejado de una debilidad tan imperiosa que después de cada desplazamiento busca una sombra y tras tomar asiento despliega sobre las rodillas un mapa que le permite dirigir a distancia, valiéndose de un teléfono móvil, los movimientos de su ayudante, el cual, incluso visto de lejos, demuestra no estar hecho para hacerse cargo de una cámara fotográfica que tiene todo el aspecto de ser de manejo difícil, aparte de que además está haciendo de ella un uso muy peculiar: una vez se ha puesto de acuerdo con el otro acerca del lugar adecuado, el ayudante planta el trípode con las patas tan separadas que el objetivo queda a menos de medio metro del suelo, hecho lo cual procede a tirar sucesivas instantáneas mientras, casi doblado en dos, va girando sobre sí mismo hasta completar una panorámica de trescientos sesenta grados. ¿Y tanto trabajo para qué? Para tomar primeros planos de unos matorrales raquíuticos y quemados por el sol y que no parecen diferir gran cosa de otros hierbajos que fotografiará poco después.

Oculto y a cierta distancia para no ser detectado, un tercer hombre provisto de prismáticos sigue con suma atención los manejos de los otros dos. A juzgar por su insistencia en enfocar alternativamente a uno u otro, está desconcertado y se esfuerza por entender el sentido de un empeño disperso pero sobre todo desproporcionado, pues si en cualquier dirección hacia la que dirija los prismáticos únicamente le entran por los ojos a través de las lentes las imágenes de unas llanuras inmensas, estériles y achicharradas por el sol, ¿qué efecto pueden tener sobre tan desmesurada devastación los afanes de un hombre visiblemente enfermo y que encima solo cuenta con el apoyo de un ayudante voluntarioso aunque por completo inepto?

Después de una minuciosa e insistente, aunque muy poco conclusiva observación, mientras guarda los prismáticos en su funda, el emboscado deduce que el anciano y su ayudante han acordado dar...